

José Enrique Covarrubias

*Visión extranjera de México, 1840-1867*

*1. El estudio de las costumbres  
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis  
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision\\_extranjera/345.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## I. EDUARD MÜHLENPFORDT

Eduard Mühlenpfordt vino a México en 1827 con el fin de trabajar para una compañía de minas británica (la Mexican Company), una de tantas que decidieron probar fortuna en un país recientemente abierto a la inversión extranjera. Formado como matemático en la Universidad de Gotinga, este alemán, oriundo del estado de Hannover, vivió en México hasta 1834, año en que regresó a su país natal a través de Estados Unidos. Resultado de esa estancia en el país hispanoamericano fue su *Ensayo de una descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística*,<sup>1</sup> editado en Hannover en 1844, por C. F. Kius, en dos volúmenes.<sup>2</sup> Activo como director del Departamento de Obras de la Mexican Company en el estado de Oaxaca, en zona zapoteca, Mühlenpfordt aprovechó su estancia mexicana para recoger una gran cantidad de observaciones personales e información impresa, de suerte que pudiera escribir una obra comparable al famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Humboldt.<sup>3</sup> Hacia el final de su residencia en México, Mühlenpfordt ocupó el cargo de director de Caminos del estado de Oaxaca,<sup>4</sup> hasta que la asonada de 1834 contra el gobierno de Gómez Farías lo obligó a dejar ese puesto y retornar a Alemania.

El primer volumen del *Ensayo* de Mühlenpfordt incluye una visión del país en general, en tanto que el segundo brinda una descripción detallada de cada una de las entidades de la república.<sup>5</sup> Ambos volúmenes cubren tanto los aspectos del medio físico como los relativos a la situación política, económica y social de la república. No creo exagerar al decir que ningún escrito extranjero o mexicano de la primera mitad del siglo XIX compendió tanta información sobre México. Como descripción geográfica integral del país, por lo menos, supera a cualquier

<sup>1</sup> Que tuve la satisfacción de traducir completo, anotar y prologar en la edición del Banco de México (México, 1993, 2 v.). En el prólogo de esta edición he expuesto lo poco que hasta ahora se ha logrado saber sobre la vida y los escritos de Mühlenpfordt.

<sup>2</sup> El hecho de que el libro haya sido publicado después de 1840 e incluya ya comentarios sobre la disyuntiva federalismo/centralismo justifica su inclusión en esta reseña.

<sup>3</sup> Esta labor de recopilación de información de todo tipo incluyó los diez años transcurridos entre 1834 y 1844, esto es, entre su salida de México y la publicación de su obra. Por entonces mantuvo contacto con corresponsales mexicanos.

<sup>4</sup> En calidad de tal comenzó las obras de construcción de un camino que uniría la capital oaxaqueña con el puerto de Veracruz, proyecto que no concluyó.

<sup>5</sup> Que al momento de su publicación se llamaban departamentos, no obstante lo cual Mühlenpfordt mantiene la denominación de estados.

otra obra editada en las seis primeras décadas del siglo pasado. En cuanto a su percepción de las cosas humanas, marcada por su orientación política liberal y su mentalidad protestante, descolla el talante de simpatía y buena fe con que retrata a los mexicanos.<sup>6</sup>

Ahora bien, si el *Ensayo* de Mühlenpfordt está referido especialmente a la geografía, etnografía y estadística de México, esto no significa que la observación de costumbres desde el punto de vista social ocupe poco espacio en él. Por el contrario, aquí tenemos uno de los escritos extranjeros más ricos desde esta última perspectiva, lo que explica plenamente su incorporación a este libro. El capítulo v del primer volumen, dedicado en gran parte a las formas de la sociabilidad mexicana, viene a ser el más extenso de toda la obra.<sup>7</sup> Además, aunque este inmigrante vivió fundamentalmente en la provincia, no por ello dejó de tener oportunidad de conocer la capital y otras ciudades grandes de México, como lo atestiguan los pasajes respectivos. La base de su observación social resulta así de una riqueza insólita, por más que la información correspondiente no se presente en forma tan sistemática como la geográfica, etnográfica y estadística.

Como dejé en claro desde la introducción, dentro del horizonte conceptual sociológico de estos autores destaca el interés por la estructura de clases, los principios de sociabilidad, las tendencias sociales y el carácter nacional. En el caso de Mühlenpfordt, la estructura social y los principios de sociabilidad representan los aspectos más acabados. Que éste sea cronológicamente el primer autor por analizar resulta también un hecho afortunado para la presente reseña. Una obra tan integral como la suya ofrece mucha información fáctica de costumbres que nos facilita el acceso al escenario social mexicano del siglo XIX.

Entremos ya en materia y precisemos la percepción de la composición social de México por este alemán. Según él, existen cuatro grandes grupos: 1) negros, mulatos, zambos; 2) indios; 3) mestizos y 4) blancos.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> El interés arqueológico de Mühlenpfordt lo llevó también a realizar, por otra parte, una serie de planos sobre el palacio de Mitla que no llegó a publicar. El atlas original ha sido editado como *El palacio de los zapotecos en Mitla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984. En cuanto a los méritos de la apreciación arquitectónica de Mühlenpfordt en su *Ensayo* puede verse, de Víctor Jiménez M. y Rogelio González M., *El ex obispado de Oaxaca. Un caso singular en la arquitectura colonial mexicana, con algunas notas sobre Inquisición y "evangelización"*, México, IULE, 1992, p. 26-40. Según dichos autores, este alemán notó ya con gran agudeza la similitud arquitectónica entre las ruinas de Mitla y el palacio del ex obispado de Oaxaca, como sólo volverían a hacerlo estudiosos muy posteriores.

<sup>7</sup> Está compuesto por 114 páginas de la versión en español.

<sup>8</sup> A comienzos del capítulo v del primer volumen del *Ensayo* menciona este autor los seis tipos referidos, herencia del régimen colonial. Sólo en la descripción ulterior formaliza Mühlenpfordt el agrupamiento que aquí presento.

Si bien esta clasificación es fundamentalmente racial, la relación de costumbres de Mühlenpfordt no se atenderá sólo al aspecto físico y se extenderá al perfil social, económico y cultural, por lo que el aspecto étnico quedará como mero punto de partida de una comprensión más amplia de la articulación colectiva.

Empecemos por las referencias de Mühlenpfordt a la población negra, mulata y zamba, muy escasas y apenas más amplias que lo ya dicho por Humboldt en su *Ensayo*. Se trata de hombres recios y resistentes, sumamente adecuados para las duras labores que se realizan tanto en las ciudades portuarias como en las poblaciones ganaderas y agrícolas del cinturón costero y los valles cálidos y profundos del interior. El zambo surgió de hecho en las regiones productoras de azúcar, en las que se instó a los negros a mestizarse con los indios, debido a los altos costos de manutención de los primeros y su elevado índice de mortandad. Aunque legalmente libres, los trabajadores negros de las plantaciones y haciendas tropicales mexicanas están ligados de hecho a las mismas. No obstante, su suerte en las plantaciones azucareras es más feliz que la de sus congéneres en Estados Unidos:

Quando uno ha visitado las poblaciones de Luisiana y visto cómo los esclavos realizan allí las tareas, así como el trato que se les da, siempre con el látigo como medio para incitarlos a la labor, la imagen de las actividades en una hacienda azucarera mexicana sólo puede despertar un sentimiento reconfortante, dada la alegría, incluso gusto, con que cada trabajador realiza su diario quehacer en un marco de tranquilidad.<sup>9</sup>

En cualquier caso, lo lamentable de estos trabajadores del medio tropical mexicano es su carencia de cultura, organización y moderación en la bebida. Pero de todas maneras al hannoveriano le parece que su situación no es tan lamentable como la de los trabajadores rurales de otros países, pues los males mencionados son remediabiles mediante la educación. Subraya asimismo que la convivencia pacífica de esta población con la restante constituye uno de los aspectos más apreciables del panorama social mexicano.

Fuera de lo anterior, Mühlenpfordt no aventura más conclusiones generales sobre las condiciones de la población negra o negroide de México.

Su grado de atención es otro cuando se trata de la población indígena del país.<sup>10</sup> Residente en un estado tan marcado por ella como

<sup>9</sup> Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, 1, p. 110.

<sup>10</sup> La siguiente relación está en las páginas 178-208 del primer volumen del *Ensayo*, a las que remito al lector cuando no se cite específicamente.

Oaxaca, Mühlentfordt se revela como uno de los autores extranjeros más interesados en las costumbres, carácter y formas de vida de los indios mexicanos. Los pasajes dedicados a esta materia en el capítulo v del primer volumen de su *Ensayo*, superan en extensión a los dedicados a cualquier otro grupo específico.<sup>11</sup> Pero aún más notable que la extensión es la solidez de sus afirmaciones, producto de una convivencia prolongada con los indios y una capacidad de observación poco común.<sup>12</sup> Esto explica por qué el principal reconocimiento ganado hasta ahora por este autor en México ha sido por su aportación etnográfica y arqueológica.<sup>13</sup> El seguimiento de su observación y reflexión social nos hará ver que también en este campo se le deben reconocer méritos.

Comencemos por la modalidad de la sociabilidad indígena mejor conocida por Mühlentfordt: la laboral. Como hombre de minas, este alemán tuvo la oportunidad de comprobar las actitudes de los indios ante el trabajo y las relaciones de éstos con sus patrones. Prueba fehaciente de ello es el siguiente párrafo:

Como todos los pueblos que durante largo tiempo han soportado el yugo civil y del clero, los indígenas mexicanos se aferran tenazmente a sus viejos usos, opiniones y costumbres. Enemigos en sí de toda innovación, muchas experiencias amargas los han hecho todavía más desconfiados y así resulta difícil convencerlos de la utilidad de cualquier institución nueva [...] Sólo con muchos trabajos y perseverante paciencia pudieron las compañías mineras europeas acostumbrar a los trabajadores y mineros indígenas no sólo al nuevo tipo de industria minera y beneficio de metales en general, sino al empleo de mejores herramientas de origen europeo.<sup>14</sup>

Esta resistencia del indio a acceder a las innovaciones técnicas que le ofrecen sus empleadores nunca se expresa de manera razonada y detallada. Más que nada responde a una especie de instinto y sobre

<sup>11</sup> Mühlentfordt trata en ese capítulo de los indios sedentarios. Sobre las tribus nómadas habla de manera dispersa en su segundo volumen, conforme va describiendo los estados del norte mexicano.

<sup>12</sup> En mi opinión, su descripción de los indios supera a las de otros autores de la misma época, igualmente interesados en ese sector de población, como Brantz Mayer en *México, lo que fue y lo que es* (México/Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1953 —original publicado en Inglaterra y Francia en 1844) y Désiré Charnay en *Le Mexique (1858-1861), souvenirs et impressions de voyage* (Paris, E. Dentu, éditeur/Librairie Centrale, 1863), por dar dos ejemplos importantes.

<sup>13</sup> Al respecto puede verse el prólogo de Juan Á. Ortega y Medina y de Jesús Monjarás a la edición mencionada de *El palacio de los zapotecos*, así como la ya citada obra de Brigitte B. de Lameiras, p. 8 y 32.

<sup>14</sup> Mühlentfordt, *op. cit.*, t. 1, p. 197.

todo a un orgullo que nunca lo abandona en sus relaciones con los individuos ajenos a su comunidad:

Abordarlo con arrogancia o aires de importancia despierta su natural orgullo, y si se hace con dureza, su terquedad [...] Pero si se le trata con dulzura y sin orgullo; si con una conducta cordial y amistosa se le muestra confianza y se le pide el cumplimiento de las obligaciones contraídas como si se tratara de favores, sin olvidar acercársele ocasionalmente en forma lisonjera, como iguales, para llamarle hermano y amigo y reprocharle sus faltas, negligencias o errores con seriedad y sin acalamiento o dureza, entonces el indio abandonará pronto su desconfianza y lúgubre hermetismo, para volverse confiable y entregado. En suma, el más fiel y solícito criado que pueda tener su señor. Y es un hecho que no existen servidores más tranquilos, confiables y listos, tanto para el hogar como en los viajes, que estos mozos indígenas.<sup>15</sup>

Los pasajes citados revelan la resistencia indígena ante cualquier alteración de sus formas y técnicas de trabajo. Tal resistencia no significa, sin embargo, que el indio mexicano no se esfuerce en su trabajo o rinda poco. Lo contrario es justamente la verdad: los indígenas fueron quienes mantuvieron al resto de la población a lo largo de todo el periodo colonial y siguen haciéndolo en buena medida en la era independiente. Considérense estas líneas del *Ensayo*:

Los actuales indios sedentarios, quienes como sucedáneo de aquella civilización deliberadamente destruida por los conquistadores, recibieron de éstos la inyección de una nueva, similar a la eurohispanica, pero de bajo nivel, todavía forman la verdadera y auténtica clase trabajadora de México. Son ellos quienes cultivan el campo y practican la cría de animales en su propio suelo; trabajan como jornaleros en las haciendas y ciudades; abastecen los mercados de urbes y pueblos con verdura y fruta de sus huertos, los productos de sus campos y los de su industria artesanal.<sup>16</sup>

A los trabajos mencionados todavía añadirá Mühlenpfordt los de albañil, carpintero, alfarero, carbonero, ladrillero, calero, fabricante de tejas y leñador, junto con los del servicio doméstico y militar (en milicia y ejército). El hannoveriano no admite las críticas expresadas por otros en cuanto a que los indios sean gente floja o incapaz. Si entre ellos se nota alguna tendencia a la flojera o la inacción, aclara, esto se debe en cualquier caso al clima cálido y por ello mismo es igualmente

<sup>15</sup> *Ibid.*, I, p. 198.

<sup>16</sup> *Ibid.*, I, p. 193.

perceptible entre los criollos y peninsulares. Por otra parte, recuerda, el indio no conoce el lujo y puede prescindir de lo que ni siquiera un europeo de clase muy pobre dejaría de tener por indispensable. Mühlenpfordt admira mucho esta capacidad de vivir con sencillez, característica que, como se verá después, hace extensiva a la generalidad de los mexicanos.

El gran aprecio de Mühlenpfordt por los indios es indisoluble de su interés por lo que éstos fueron en la época prehispánica. Como Humboldt, su confesado inspirador, este alemán se asombra ante el marcado contraste entre los logros intelectuales de los indios precortesianos y los de sus descendientes actuales. Constantemente expresa su indignación por la destrucción cultural acarreada por la conquista. Sin embargo, Mühlenpfordt no es hombre de posiciones simplistas, por lo que su explicación de la postrada situación de los indígenas posteriores a la conquista atiende tanto a la situación social de los pueblos prehispánicos como al carácter del pueblo sojuzgado. Respecto de la primera, su idea es que la índole oligárquica de la civilización prehispánica fue la principal causa de la decadencia indígena posterior a la conquista: el aniquilamiento de los detentadores del saber implicó el de la identidad cultural indígena.<sup>17</sup> En cuanto al carácter de los indios, la siguiente observación sintetiza la opinión del hannoveriano:

Hermetismo y seriedad parecen ser rasgos fundamentales del carácter indígena y a mi entender sería inadmisibile suponer que sean únicamente producto de la prolongada opresión que ha caído sobre las tribus mexicanas, ejercida primero por otras tribus aborígenes y después por los señores españoles.<sup>18</sup>

Se trata, pues, de rasgos de carácter comunes a todos los indios americanos, incluso los que no han sufrido la opresión hispánica. En todo caso sería la terquedad, apuntada ya en un pasaje previo, la que se podría tomar como actitud indígena potenciada por el yugo español. La dominación colonial sólo vino a reforzar un talante social que en sí ya era pobre y difícil, y esto determina que ni la amenaza, la vehemencia o la violencia constituyan el medio idóneo para entenderse con el indio. Oprimidos o no, sostiene Mühlenpfordt, los indígenas nunca reirán francamente y de corazón, ni dejarán traslucir su enojo, salvo cuando la violencia de su pasión estalle abiertamente. La fuerza de su

<sup>17</sup> En lo que confirma la tesis expresada por Humboldt en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, p. 60.

<sup>18</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 192.

carácter es insólita, y en nada se manifiesta esto tan elocuentemente como en la relación con los blancos.<sup>19</sup>

Si la sociabilidad del indio hacia el blanco está normada por la prevención y la astucia, actitudes que disimula bajo una apariencia de completa tontería e indiferencia, la relación entre los propios indígenas le parece a Mühlénpfordt más benévola y sincera. El respeto y la consideración absolutos caracterizan el trato del común con los ancianos gobernantes de las comunidades indígenas, descendientes de la antigua nobleza nativa. Las mujeres y los hombres jóvenes se inclinan siempre ante ellos cuando los encuentran en las calles; el resto de los transeúntes tampoco pierde ocasión de quitarse el sombrero al verse en esa situación. En cuanto a la relación entre marido y mujer, ésta suele ser también pacífica y serena. Rara vez disputan de manera abierta y es un hecho que la mujer cuida al varón en forma solícita y paciente cuando se encuentra alcoholizado, situación muy frecuente. Otro vínculo que trasluce la índole pacífica de los indios entre sí es el de los padres con los hijos, a quienes los primeros tratan con una dulzura excesiva.

De destacarse me parece la conciencia de Mühlénpfordt respecto de la interacción cultural entre los descendientes de los conquistadores y los de los conquistados. En este párrafo apunta a la asimilación de conductas originales de los primeros por parte de los segundos:

Entre los indios más prósperos observé ocasionalmente una costumbre notable, con la que al parecer se buscaba resaltar la condición especialmente elevada del varón, del señor de la casa: él come solo, en una cama bien provista de colchón, cojines, sábanas y cobijas. En cambio, la mujer, los hijos y demás personas toman sus alimentos en la cocina o en algún otro cuarto [...] En estas casas la mujer muestra una sumisión total ante el varón y nunca habla de éste sin llamarlo “el amo”. No sé si ésta ya era una costumbre entre los antiguos indios o la aprendieron de los españoles, que con frecuencia veían y trataban a sus mujeres indígenas o de color como seres de clase muy inferior.<sup>20</sup>

El párrafo también alude a una diferencia de comportamientos según el nivel social de los indios y refleja una estratificación no siempre registrada por otros observadores de la comunidad indígena de esos años, quienes solían hablar de ésta como de un todo compacto,

<sup>19</sup> Charnay (*op. cit.*, p. 203) considera a la población indígena como un pueblo en proceso de muerte, de la misma manera que los negros, por ejemplo, constituyen un pueblo en nacimiento. Hermetismo e infantilismo tienen que ser respectivamente las principales actitudes en hombres que se encuentran en esas dos situaciones.

<sup>20</sup> Mühlénpfordt, *op. cit.*, 1, p. 199. Varios estudiosos de la cultura indígena me han informado que la sumisión al varón aquí mencionada también tiene raíces prehispánicas.

sin contrastes al interior. Otra peculiaridad de los indios ricos señalada por este alemán es su costumbre de construir casas grandes, de piedra, muy al estilo de las de los blancos. Así se le presenta de nuevo el fenómeno de la asimilación cultural por parte de los indígenas, sin que por otra parte podamos hablar aquí de un modelo de aculturación o algo por el estilo. Lo que sí es patente es una percepción de la síntesis cultural acarreada por la historia, que de esta manera no queda exclusivamente representada por los mestizos sino también por los indios.<sup>21</sup> Esta aguda conciencia de Mühlentfordt sobre las transformaciones sociales y culturales de la población autóctona me parece notable y la extraño, por cierto, en muchos defensores actuales de lo indígena, quienes hablan del indio actual como si fuera el mismo de hace 500 años.

Respecto de las diversiones y la sociabilidad privada de los indios no es mucho lo que se puede referir, nos advierte Mühlentfordt. La danza y la música constituyen sus principales distracciones y “basta con que en algún día de fiesta, en algún domingo o lunes, se oiga por ahí el sonido penetrante de una jaranita, para que de inmediato se forme un círculo con indios de ambos sexos y de todas las edades en torno al ejecutante y dé comienzo el baile favorito, el jarabe”.<sup>22</sup> Las canciones suelen entonarse a gritos y tener letra erótica, al tiempo que el consumo del pulque aumenta el goce. Por lo común se trata, según el autor, de reuniones casuales, pues el indio apenas conoce algo así como las invitaciones formales. La excepción a la regla la constituyen los bautizos y las bodas, festejos a los que de cualquier manera acostumbran asistir personas que no habían sido invitadas. Otras ocasiones en las que el indio da rienda suelta a su gusto por la música y el baile son las festividades religiosas, en las que el alemán también registra una fuerte influencia originada en el dominio hispánico que ha terminado por moldear decisivamente su carácter: la afición extrema a los espectáculos visuales.

Oriundo al fin y al cabo de una región protestante de Alemania, a Mühlentfordt le impresiona el énfasis en las exterioridades propio del ritual católico, situación que le parece determinante de las inclinaciones indígenas en su época. La secular influencia del clero en los indios, sector mayoritario de la población mexicana, le parece funesta en tanto que les ha infundido un gusto desmedido por el espectáculo religioso y el desinterés consecuente en las verdades últimas del cristianismo. Como

<sup>21</sup> Pues Mühlentfordt no dice que los indios ricos en cuestión se hayan separado de su comunidad original.

<sup>22</sup> *Ibid.*, I, p. 201.

resultado de esa evangelización defectuosa señala los rituales paganos aún practicados en las barrancas profundas, con sacrificio de animales e incluso niños, muy al viejo estilo azteca.<sup>23</sup> Por desgracia, Mühlenpfordt incurre aquí en una clara contradicción con el proceder mostrado en otros pasajes de su *Ensayo*, pues abandona aquella aguda conciencia suya del peso de las transformaciones históricas y afirma una preservación intacta del viejo rito prehispánico tras siglos de predicación. En realidad, las prácticas idolátricas mencionadas debieron de ser de santería, demonología o alguna otra expresión religiosa o cuasi religiosa que como contracorriente de la doctrina establecida llega a adquirir un atractivo especial. Por su obsesivo repudio a la evangelización española, este autor pierde el sano sentido de la constante transformación histórica que había mostrado en otras consideraciones y supone una continuación directa de ceremonias que tenían su sentido en otro horizonte ideológico y cultural.<sup>24</sup>

No podría yo dar por terminada esta relación de costumbres indígenas sin mencionar algunos aspectos económicos tocados por Mühlenpfordt, que si bien menciona de manera muy concisa y dispersa, no por ello dejan de ser relevantes.

Lo que más llama la atención del hannoveriano en los hábitos económicos del indio es su frugalidad, condición ligada a sus escasas necesidades. Nada de esto es sorprendente si atendemos a lo que ya nos había dicho del carácter y de la sociabilidad del indio. Párrafo interesante sobre el asunto es el siguiente:

Un cobrizo común casi nunca se encamina a las ciudades o a los mercados de los pueblos y villas más grandes para comprar con dinero en efectivo lo que pudiera necesitar. Se aguanta con lo que compró la última vez hasta tener algo que llevar al mercado y cambiarlo por el dinero con que cubre sus necesidades. Lo que le sobra lo gasta en bebida o lo despilfarra de alguna otra manera.<sup>25</sup>

El indio vive, pues, literalmente al día; para él no existe el ahorro o la previsión del futuro. Dada esta situación, su economía se desenvuelve en una escala minúscula, al tiempo que él puede vivir en una bendita autosuficiencia:

<sup>23</sup> *Ibid.*, I, p. 203.

<sup>24</sup> Juan A. Ortega y Medina ha estudiado la relevancia del protestantismo en la desaprobarción de la labor evangelizadora española por los autores extranjeros del siglo XIX, sobre todo anglosajones. Véase el segundo volumen de su ya citado *México en la conciencia anglosajona*, p. 95-100.

<sup>25</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 200.

Tiempo y esfuerzo no forman parte de los cálculos del indio cuando se dirige al mercado. Sus costos de viaje no superan a los del sustento de su casa. Lleva consigo tortillas, sal y chile, y por unos cuantos centavos paga en las chozas de sus congéneres una tacita de atole por las mañanas, y un plato de frijoles por las noches. Apaga la sed en cualquier arroyo o manantial y por las noches encuentra sitio para acampar en cualquier lugar [...] Solamente así se logra entender cómo en ocasiones un indio puede cargar varios cientos de mandarinas hasta el mercado, cubriendo distancias de 15 a 20 kilómetros, para vender allá a medio real (2 *Groschen*) las 8 o 10 piezas.<sup>26</sup>

El pasaje anterior también revela mucho del contexto monetario del indio. Al respecto surgiría en un primer momento la impresión de que Mühlenpfordt señala la persistencia de una simple economía de trueque. Sin embargo, si se leen las líneas con detalle, resulta que no es exactamente a ello a lo que el autor se refiere. El indio va al mercado para hacerse de monedas y sólo entonces adquiere las mercancías necesarias, reteniendo incluso algo del dinero conseguido, que gasta un poco después. Sin duda, Mühlenpfordt transmite aquí su observación de los indios zapotecos, los habitantes de las zonas oaxaqueñas cercanas a su mina, y de ello queda claro que la economía indígena está ya monetizada, por más que sus hábitos permitan a los indios prescindir de dinero durante gran parte de su tiempo.<sup>27</sup> Precisamente la peculiar costumbre indígena de enterrar el dinero responde, según este autor, a su incapacidad de encontrar alguna utilidad específica para el mismo.<sup>28</sup>

Si se me pidiera caracterizar la actitud de Mühlenpfordt hacia la población indígena mexicana, no dudaría yo en emplear los calificativos de humana y comprensiva para designar esa consideración suya, tan alejada del racismo como de las simplificaciones fáciles. El lector habrá apreciado que aquí tenemos a un autor capaz de registrar causas múltiples para explicar la situación precisa del indio: geográficas, económicas, histórico-sociales, etcétera. El humanitarismo, en este caso, no está reñido con la capacidad de formular observaciones críticas y

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> La observación es pertinente porque Ruggiero Romano ha insistido mucho en que en la economía tradicional muchos bienes de primera necesidad no pasan por el mercado y por tanto no se transforman en moneda (*cf.* su libro *Coyunturas opuestas: la crisis del siglo XVIII en Europa e Hispanoamérica*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica/Fondo de las Américas, 1993, p. 122). La observación de Mühlenpfordt apunta a que entre los zapotecos del siglo XIX había plena monetización en el intercambio.

<sup>28</sup> Si bien en otro lugar afirma que se debe también al deseo del dueño de no heredarlo a sus hijos, para que éstos tengan que trabajar y hacerse un patrimonio propio. Más adelante habrá oportunidad de relativizar ambas explicaciones según lo dicho por otros autores.

realistas. Unas últimas líneas de Mühlenpfordt me permiten recapitular sobre su visión del indio mexicano:

Aquella civilización, aquellas instituciones políticas y religiosas, aquellos conocimientos de historia y astronomía, aquellas construcciones deslumbrantes, muchas de las cuales muestran un estilo totalmente distinto del de las del Viejo Mundo, aquellas representaciones de ídolos, espe-luznantes productos de una fuerza imaginativa vigorosa, aunque salvajemente desatada [...] no fueron, ciertamente, meras obras de imitación [...] todo ello es testimonio irrefutable de la capacidad de los indios para la formación intelectual.<sup>29</sup> [...] el indio mexicano de 1900 será ciertamente muy distinto del actual. En cuanto a si alcanzará alguna vez el nivel de cultura puramente intelectual y científica que distingue a los pueblos europeos frente a todos los demás, y para lo cual los niños caucásicos parecen haber recibido un talento superior al de sus hermanos de piel más oscura, ¿quién se atrevería a decidirlo por el momento?<sup>30</sup>

Si tomamos en cuenta que entre los factores decisivos del desarrollo cultural reconocidos por Mühlenpfordt está el de la situación social y política,<sup>31</sup> su interrogante no me parece irrelevante en un momento como el actual.

Después de haber tratado de los indios, Mühlenpfordt procede a hablar sin más de “los mexicanos”, con lo que se refiere fundamentalmente tanto a los criollos y peninsulares como a los mestizos y los miembros de casta de cierta posición social y económica.<sup>32</sup> La descripción siguiente a la de los indios comprende, pues, a los habitantes que corresponden a los números 1, 3 y 4 de la clasificación de población mencionada en el apartado previo. De esta manera, aunque es cierto que el hannoveriano se referirá ante todo a los mestizos y los criollos, su relación general de las “costumbres mexicanas” ignora toda subdivisión dentro de este segundo gran sector no indígena. Su centro de atención es el espectro social que va de las clases populares y modestas hasta los mexicanos más ricos, con énfasis particular en los sectores intermedios de esa gama.

<sup>29</sup> Al afirmar la capacidad imaginativa del indio va más allá de Humboldt, a quien le había parecido que este tipo humano carecía totalmente de ella (*Ensayo político*, p. 64).

<sup>30</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 196-197.

<sup>31</sup> Recuérdese su tesis de que el carácter oligárquico de la sociedad prehispánica implicó la postración posterior.

<sup>32</sup> Al hablar en cambio del “pueblo mexicano”, suele aludir a los indios y a los miembros de castas carentes de instrucción y rango social, condición que de ninguna manera despierta su desprecio.

No quisiera, sin embargo, avanzar sin antes referir algunas especificaciones de Mühlenpfordt sobre los grupos precisos de los mestizos y los criollos. Aunque estas especificaciones serán breves, el lector recibirá con ellas elementos útiles para entender mejor la reseña de costumbres posterior.

Las pasiones intensas y el notable desenfreno de lengua se cuentan entre los rasgos más sobresalientes del mestizo. Sobre su carácter nos dice Mühlenpfordt:

El mestizo tiene un ánimo alegre y excitable; como todos los habitantes de México, ama apasionadamente la música, el canto, el baile y el juego. Los juegos de azar, apuestas, peleas de gallos y corridas de toros son las diversiones a las que con más gusto se entrega. Su comportamiento externo se distingue por un decoro natural y desenvuelto.<sup>33</sup>

La evaluación de los mestizos resulta así más bien favorable. Los aspectos negativos de su conducta los explica Mühlenpfordt por su condición de mezcla, un razonamiento muy común en la época de nuestro autor.<sup>34</sup> Desde el punto de vista socioeconómico, el grupo mestizo aparece ante el alemán como el grueso de la clase media de México, pues está formado por artesanos, tenderos, arrieros, rancheros, empleados y oficiales del ejército. Mestizos los hay también en las clases altas, apunta, aunque en menor número. A las características del comportamiento ya mencionadas añade igualmente las de sencillez y espontaneidad, así como las actitudes resultantes de un entendimiento natural y penetrante.

En cuanto al criollo o blanco, éste ha tomado sus principales características de los peninsulares. Esto implica, desde luego, que refleja las especificidades de carácter y costumbres del pueblo peninsular concreto del que desciende: vasco, catalán, andaluz, etcétera. Estos matices, sin embargo, se han ido borrando entre los criollos, y al hannoveriano no le cabe duda de que continuarán desapareciendo con el tiempo. Se trata de personas intelectualmente aptas, dotadas de la astucia y la facilidad necesarias para la abstracción, además de claros deseos de cultivarse. En cuanto a su índole moral, Mühlenpfordt la resume de esta manera:

Es noble y con frecuencia valiente, emprendedor, hospitalario al máximo grado, amable, cálido al abordársele en forma amistosa, y sólo aca-

<sup>33</sup> *Ibid.*, 1, p. 209.

<sup>34</sup> Se asumía que el producto de una mezcla racial heredaba las peores características de las ramas progenitoras.

so sus puntos de vista sobre lo que exige la vida social resultan demasiado grandiosos. Si junto a estos rasgos aún se percibe a menudo la ignorancia, el fanatismo, la superstición, la sensualidad excesiva, la falta de energía, el ansia de placeres y goces materiales, la fuerte inclinación a una vida generalmente blanda e inactiva, así como a la envidia y la avaricia, todo ello debe imputarse en su mayor parte a las opresivas circunstancias de las que el pueblo mexicano apenas se liberó no hace mucho tiempo y cuyas secuelas aún no han desaparecido.<sup>35</sup>

Resulta así agradable convivir con estas personas, inmersas en un proceso de liberación de los viejos lastres coloniales. Los criollos fueron, precisamente, quienes encabezaron el proceso de independencia, de lo que resulta la categórica conclusión de nuestro autor sobre su capacidad política y moral:

La energía con que se decidieron por la libertad —tras una opresión tricentenaria que casi podría llamarse una total destrucción política y moral— así como por una nueva existencia y una nueva actividad, comienza a mostrar ya sus efectos beneficiosos por todas partes. De esta manera podría ocurrir que con el transcurso del tiempo, quizá pronto, lleguemos a presenciar como el pueblo mexicano (fundamentalmente el criollo) ocupa uno de los primeros lugares entre las naciones más cultas y respetables.<sup>36</sup>

El gran mérito de los criollos es, por tanto, el de haberse decidido a un cambio histórico insólito con consecuencias en el panorama político mundial. Mühlenpfordt define así a los criollos como el núcleo de las clases dirigentes, cuya libre decisión por la independencia les ha dado un gran prestigio, por más que en un principio se opusieran a la causa revolucionaria de Hidalgo. Sin embargo, la hegemonía criolla no sólo es política sino también social. No duda nuestro hombre de minas en recalcar la importancia que tuvo el color de la piel en el régimen colonial y que todavía amerita en el México decimonónico, lo que determina que al color blanco se le siga teniendo por el más noble. Del antiguo régimen nos ~~aparece~~ <sup>aparece</sup> que: “quien creyese llevar en la sangre un color más claro que el del vecino, aunque fuese en mínima proporción, se preciaba de ser más noble y mejor que éste”.<sup>37</sup> Lo que en los nuevos tiempos no ha perdido validez: “todos insisten en ser considerados blancos, a pesar de las apariencias, y no puede brin-

<sup>35</sup> *Ibid.*, I, p. 211. Aquí, “pueblo” sí incluye a los mestizos.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> *Ibid.*, I, p. 168. En esta constatación de la importancia social concedida al color de la piel corrobora y amplía afirmaciones previas de Humboldt.

darse mayor alegría o mejor cumplido a las madres que la alabanza del color blanco de sus hijos”.<sup>38</sup>

Una escala de valores como ésta ha significado la imposibilidad de llevar a cabo censos de población con porcentajes detallados de los distintos grupos raciales. Pero lo más irónico de ello, deja ver el hannoveriano, es que todos estos prejuicios y complejos refuerzan la preeminencia social de los criollos. Frente a esta hegemonía social, los mestizos se conforman con la igualdad legal y política aparejada a la condición de ciudadanos libres conseguida con la independencia.

Como se había señalado, la descripción de costumbres mexicanas por Mühlentfordt abarca tanto a los criollos como a los mestizos y miembros de castas en mejor situación material que los indios o el pueblo sumido en la miseria. Desde un comienzo, la relación de las costumbres incluye la de las formas de sociabilidad.<sup>39</sup> El siguiente párrafo brinda un ejemplo:

Como el español, el mexicano se distingue por su trato cortés. El criollo, como el peninsular, es orgulloso sólo con las personas que lo aborran con arrogancia o con distanciamiento. Aquel que, sin llegar a darle un trato confiado, le muestre la franqueza y espontaneidad propias del trato normal de cualquier individuo, es decir, aquel que se conduzca “al modo corriente”, como ellos dicen, des—radarle pero sin despojarse de su naturalidad y se incline a ver lo bueno en todo, tal como lo encuentre, lo hallará tan abierto y cordial como al hijo de cualquier otro país.<sup>40</sup>

Esta naturalidad en las relaciones es lo que explica, según el descriptor, la extendida cortesía mexicana, cuyas expresiones más extremas las encuentra en el pueblo. El rasgo no sólo le interesa como expresión de un carácter sino por tener un profundo sentido social, pues facilita el trato de los humildes con los de posición más distinguida. Esta importante función no se nota en otros países, sostiene Mühlentfordt, ni siquiera en los que más presumen de alta cultura.

Como la sociabilidad cotidiana de los mexicanos suele ir en el sentido de evitar formalismos excesivos y buscar el trato humano, nada sorprende la importancia concedida por esta sociedad a la enseñanza de la urbanidad. Mühlentfordt señala la preocupación por amoldar a los hijos al docoro que exige la convivencia, proceso que inicia desde

<sup>38</sup> *Ibid.*, 1, p. 170.

<sup>39</sup> La relación de costumbres en cuestión abarca de la p. 211 a la p. 271 del primer volumen del *Ensayo*. De esos pasajes tomaré la información subsecuente.

<sup>40</sup> *Ibid.*, 1, p. 232.

la más tierna edad. Tanto en el hogar como en las escuelas son numerosas las horas destinadas a ello. Acaso sean ciertos pudores de raíz protestante los que agujonean a este observador social cuando apunta el gran riesgo de ese proceder pedagógico: en las mujeres despierta el gusto acusado por la vanidad y la coquetería.<sup>41</sup> De cualquier manera, el fomento de esta inclinación suele implicar algunas penalidades:

Las niñas de nueve o diez años se comportan enteramente como damas adultas en las tertulias de sus madres y ayudan con mucha gracia a agasajar a los huéspedes; pero también, por cada falta cometida, recibirán después un severo regaño o castigo en la intimidad de la habitación.<sup>42</sup>

Debido al carácter en los infantes indígenas y a la enseñanza de la urbanidad en los demás, el hecho indudable es que la niñez mexicana ofrece un panorama de mucho mayor sosiego que la del país natal de este autor.

Dado que algo de ello se tocaba en el párrafo previo, es pertinente hablar un poco más del comportamiento de las mujeres mexicanas, según lo percibe el hannoveriano. De ellas aprecia ante todo su capacidad de situarse en el justo medio entre la actitud melindrosa y la de una entera frialdad o indiferencia hacia los hombres. Mühlénpfordt sostiene que la libertad de que gozan en México no tiene igual en ninguna otra parte. El hecho, desde luego, vale más que nada para las damas de sociedad, pues ya nos ha mostrado la contrastante situación de las indias, muy atadas a la atención de sus maridos. Las mujeres de situación desahogada se dedican a muchas cosas, lo mismo a oficios religiosos que a visitas sociales, paseos, chismes, etcétera, además de tener permitido todo tipo de conversación, incluso la que resulta repelente a un europeo del norte como Mühlénpfordt. Las señoras cuentan con el apoyo de la servidumbre, por lo que les es posible la vida cómoda y negligente mencionada. Tal forma de existencia va aparejada, por desgracia, de una precaria formación intelectual, lo que se revela tanto más lamenta-

<sup>41</sup> El liberal mexicano Tadeo Ortiz de Ayala (*México considerado como nación independiente y libre*, Burdeos, Imprenta de Carlos Lawalle, 1832, p. 138) advierte la misma situación y la entiende como secuela del sistema monástico de educación colonial. En un sentido parecido habla José María Luis Mora, quien pese a todo juzga que la situación se va transformando, pues la mujer no quiere vivir más de sus atractivos físicos (*México y sus revoluciones*, París, Librería de la Rosa, 1836, I, p. 136-139). Luis Manuel del Rivero, español residente en México entre 1839 y 1842, afirma que el principal vicio de la educación femenina en México es el de acostumbrar a las niñas a no admitir ninguna clase de esfuerzo o molestia (*México en 1842*, Madrid, Imprenta y fundición de Eusebio Aguado, 1844, p. 259).

<sup>42</sup> Mühlénpfordt, *op. cit.*, I, p. 234.

ble cuanto que muchas de ellas tienen innegable talento artístico e intelectual. De cualquier manera, su capacidad de discreción y mesura agradan mucho al alemán.

En el apartado dedicado a los indígenas se dejaba ya entrever el interés de Mühlenpfordt por las formas de sociabilidad privada, que en ese caso se reducía casi a nada. Respecto de los demás mexicanos, sobre todo los de alta posición social, asegura que la convivencia con los residentes europeos ha repercutido en una transformación lenta pero significativa a favor de una mayor sociabilidad. Atiéndase al siguiente párrafo:

Todavía en 1826, los viajeros podían afirmar justificadamente que en México no existía ninguna forma de sociabilidad privada; las veladas —salvo las tertulias— y las invitaciones formales a comer eran totalmente desconocidas entonces, excepto en ocasión de alguna gran celebración.<sup>43</sup>

Así, en contraste con Humboldt, quien en su *Ensayo* se había interesado principalmente en el estado de la sociabilidad pública,<sup>44</sup> Mühlenpfordt extiende la indagación correspondiente al campo de lo privado. Como consecuencia, las observaciones del hannoveriano son mucho más ricas que las de su inspirador, cuya aportación fue un diagnóstico general antes que una relación detallada de situaciones precisas. Se recordará que para Humboldt lo más notable era el poco espíritu sociable de la población. Mühlenpfordt especifica las formas de trato privado que existen en México y se pregunta por las causas de la escasa sociabilidad formal, sobre todo de las invitaciones a comer, entre las que destaca las siguientes:

- 1) la idea de que la generosidad del anfitrión debe ser grandiosa, munificencia que no se puede ofrecer muy a menudo
- 2) las costumbres regulares del mexicano, entre las que gozan de particular predilección la siesta y el paseo vespertino, que coinciden con las horas de las comidas
- 3) las damas mexicanas no son afectas a desempeñarse como servidoras de los invitados a comer, para lo que tienen en todo caso a la servidumbre
- 4) reuniones formales como las de mediodía contrarían las maneras y costumbres nacionales, pues suponen placeres gastronómicos muy pesados o prolongados a los que el mexicano no es afecto.

<sup>43</sup> *Ibid.*, I, p. 235.

<sup>44</sup> Véase la introducción a este libro.

Lo anterior nos da un ejemplo más de la capacidad de análisis de Mühlenpfordt y de abordar las costumbres desde distintos planos.

Sin embargo, si en la sociedad mexicana no existe un peculiar gusto por departir formalmente en la mesa, los bailes gozan en cambio de cierta predilección. Mühlenpfordt considera que algunas variantes generalizadas de baile muestran gran parecido con las indígenas, por lo que reaparece aquí la conciencia de la asimilación y síntesis cultural. Ante todo lo nota en los movimientos lentos y de carácter melancólico que gustan a los mexicanos, amenizados con giros de mucha gracia y gesticulaciones chispeantes.

Pero al hannoveriano no le cabe duda de que el fenómeno social más revelador de México es el juego:

La sociabilidad mexicana tiene como rasgo característico y fundamental la apasionada inclinación de todas las clases de la población por los juegos de azar y las apuestas de todo género. Esta inclinación lleva a que en toda reunión se instale de inmediato una mesa de juego y se fomenten las peleas de gallos, además de que ha facilitado a los ingleses introducir las carreras de caballos de apuestas.<sup>45</sup>

Otro pasaje del *Ensayo* profundiza en estas costumbres y contiene ahora una conclusión importante sobre el carácter nacional:

[el juego] es un defecto generalizado y profundamente arraigado en todas las clases, lo mismo entre los pobres que entre los ricos, entre los pequeños que entre los notables, entre los sacerdotes que entre los laicos. Y no es el ansia de ganancias, sino el gusto por el juego de azar como tal el que permanentemente agujonea al mexicano y lo lleva a la mesa del monte y a las apuestas temerarias. Arriesgar, más que ganar, es lo que le produce placer.<sup>46</sup>

Es de aclararse, sin embargo, que la búsqueda de placer expresada en las apuestas no se manifiesta tan abiertamente en todos los ámbitos de la vida mexicana, a juzgar por las informaciones de Mühlenpfordt. Si bien la vida sexual de los mexicanos no se caracteriza por la castidad y la fidelidad, tampoco es posible decir que ofrece un espectáculo de hedonismo desenfrenado. Digno de notarse es el siguiente párrafo, en el que Mühlenpfordt aborda un asunto casi nunca mencionado por este tipo de autores:

<sup>45</sup> *Ibid.*, 1, p. 236.

<sup>46</sup> *Ibid.*, 1, p. 250. Por su parte, Rivero (*op. cit.*, p. 238-239) ve en la inclinación al despilfarro —más que a la apuesta en sí— uno de los rasgos clave del carácter nacional.

También hay que señalar, en honor a la verdad, que en México el deseo sexual no se muestra tan abiertamente y con tanta ofensa para las costumbres como en ciertos países que tanto alardean del alto nivel de sus costumbres. En las ciudades mexicanas no se ven casas de placer públicas, salvo muy pocas excepciones, y es extremadamente raro que algún peatón decente se vea abordado en la vía pública, de noche, por una prostituta, como desgraciadamente ocurre con tanta frecuencia en las ciudades europeas. Sin embargo, a veces pasa y con un simple “¡Ande vuestra merced con Dios, niñita!” se pone fin de inmediato a cualquier posible intromisión.<sup>47</sup>

La canalización de las urgencias sexuales, explica a continuación, transita más bien por la senda de la alcahuetería informal practicada por amigos y parientes —a veces por la misma madre. A las muchachas deshonradas, por otra parte, no se les somete a escarnio público, situación que les facilita mantener y educar a su hijo.<sup>48</sup>

Reseñados el sentido y las expresiones de la sociabilidad privada en México, atendamos ahora a las de la sociabilidad pública retratadas por Mühlenpfordt, quien ve sus principales expresiones en las corridas de toros, las peleas de gallos y los paseos (a pie y en coche). La más popular es la pelea de gallos, pues en ella adquiere pleno cauce el afán apostador del mexicano, no obstante que su goce visual, al que también es muy apegado, resulta casi mínimo. Este segundo tipo de deleite ocurre de manera más amplia con los actos de magia y prestidigitación, así como con las exposiciones de temas de física o de historia natural presentadas eventualmente en las grandes ciudades, casi siempre por europeos o norteamericanos. Las fiestas cívicas del grito de Dolores y de la promulgación de la Constitución (4 de octubre) se cuentan entre los festejos públicos a los que el pueblo concurre masivamente, aunque también le gusta presentarse como espectador a los bailes públicos ofrecidos en las urbes, casi siempre en honor de algún político importante. Entonces se agolpa frente a las puertas del local, guardando un decoro absoluto y sin interferencias en la diversión. En cuanto a la concurrencia a cafés, cantinas y restaurantes, ésta se registra ante todo en las ciudades de gran tamaño, en tanto que las pequeñas sólo ofrecen neverías o salones de billar para el esparcimiento.

<sup>47</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 251.

<sup>48</sup> En lo que no podría estar de acuerdo Tadeo Ortiz de Ayala, quien señala (*op. cit.*, p. 270) el problema del infanticidio en la ciudad de México, de lo que no faltan rastros en las acequias y cementerios. La afirmación de Mühlenpfordt se explica probablemente porque en Alemania el fenómeno era mucho más frecuente o porque en las poblaciones de provincia de México, como las de Oaxaca, no existía como en la capital.

Expuestas todas estas diversiones mexicanas, Mühlenpfordt formula el siguiente comentario, prueba del interés por abordar las costumbres desde todo ángulo posible: “Las diversiones públicas de los niños son casi siempre el espejo más fiel del quehacer de los adultos y por ende no deberían relegarse al silencio en ninguna descripción de la vida de los habitantes de cualquier país.”<sup>49</sup>

La indagación sobre los principales juegos infantiles distingue así a este autor de tantos otros descriptores de México, menos creativos o diligentes en su descripción. Ahora bien, al lector no le costará mucho trabajo adivinar cuáles son esas diversiones principales que el alemán descubre entre los niños mexicanos, sobre todo si ha asegurado que reflejan con entera fidelidad las actividades de los adultos. Se trata obviamente del juego a los soldados y a las procesiones, a las corridas de toros, además de volar papalotes y vender objetos en puestecillos... testimonios ciertamente fieles del carácter de una sociedad que adora los espectáculos visuales y el riesgo —y también el comercio, como nos dirá Mathieu de Fossey en el capítulo III.

Los párrafos anteriores nos han permitido constatar que la indagación de Mühlenpfordt sobre la sociabilidad mexicana se norma mucho por el interés en el refinamiento de las costumbres.<sup>50</sup> No menos importante le parece el desenvolvimiento intelectual reflejado en las costumbres. Y bien, en esto forzosamente topa con la Iglesia y con su influencia en los hábitos mexicanos. Ya hemos visto su opinión sobre la labor del clero católico entre los indios de México, que es francamente pobre. Al trasladar el examen al del resto de la población, su impresión no es más favorable:

Bien se sabe la religión que los conquistadores españoles trajeron a los mexicanos e intentaron difundir entre ellos, tanto mediante la persuasión como por la fuerza: la cristiana católica, apostólica y romana. Qué influencia tuvo su introducción entre los indígenas del país y sus descendientes es algo que ya vimos antes; la que hasta ahora ha logrado ejercer en las demás clases de la población es, en términos generales, apenas mejor.<sup>51</sup>

El juicio, como se ve, es demoledor. Entre los indios constataba el surgimiento de un marcado gusto por los espectáculos y una devoción

<sup>49</sup> *Ibid.*, I, p. 249.

<sup>50</sup> Ese tipo de interés viene de la Ilustración, cuando autores como Voltaire y Hume mostraron la importancia del punto en la reflexión histórica y moral.

<sup>51</sup> *Ibid.*, I, p. 254.

impregnada de paganismo. Entre las demás clases nota una instrucción muy deficiente de los principios cristianos. En la colonia todo fue infundir la mera recitación de oraciones y una observancia de ceremonias sin contenido alguno. Como muchos de los viajeros anglosajones en México durante la primera década de independencia, el hannoveriano sataniza el pasado colonial como un mundo de ignorancia y superstición, privado de todo sentido de la auténtica moral. Para los novohispanos de finales de la colonia, hablar cristiano era hablar castellano, y de hecho el término cristiano equivalía a católico. Ante tal situación concluye nuestro autor:

No se requiere por lo tanto de más precisiones para comprender la índole que debía tener el estado religioso de los mexicanos en tales condiciones. Por otra parte, no puede negarse que la independencia ha acarreado ya grandes cambios en este campo y éstas son sus consecuencias: la adopción de un sistema de gobierno liberal, contacto frecuente con extranjeros de todas las confesiones cristianas, intercambio abierto con los tesoros intelectuales de Europa, una mejor enseñanza para la juventud y, lo más notable, una irrestricta libertad de prensa. Incontenible, la luz de la Ilustración avanza entre todas las clases del pueblo y cada día dispersa más la neblina de la oscuridad religiosa que hasta ahora existe.<sup>52</sup>

Lo que tiene lugar en México, por ende, es una batalla frontal entre las luces y la superstición heredada. Mühlénfordt se muestra aquí muy marcado por el entusiasmo alemán ante la Ilustración, la *Aufklärung*, cuyo advenimiento significa la superación de las irracionalidades del pasado y el perfeccionamiento moral e intelectual de los pueblos. En el caso de México, tales esfuerzos se han hecho ya patentes durante el primer régimen republicano federal (1821-1835), basado en una Constitución propiciadora del espíritu público y de la autogestión administrativa en los diversos niveles. Pero aún más reveladora le parece al autor la decisión de los mexicanos de poner un límite a las intromisiones clericales en la vida pública. Esta conciencia de los esfuerzos de los mexicanos por acceder a la Ilustración marca una diferencia sensible respecto de la generalidad de los autores anglosajones,<sup>53</sup> empeñados en pintar a México como un país fanático e intolerante, completamente dominado por el clero. Mühlénfordt percibe, en cambio, una significativa disminución de la vieja influencia clerical.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 1, p. 255.

<sup>53</sup> Como los estudiados por Ortega y Medina en el segundo volumen de su *México en la conciencia anglosajona*.

Pero, pese a todo, la presencia de la Iglesia es aún descollante en la vida mexicana. Ahí está, por ejemplo la costumbre de bendecirlo todo. Cualquier construcción nueva, lo mismo que todo templo o teatro nuevo, debe ser rociada con agua bendita, de la misma forma que los dueños de animales domésticos los llevan a bendecir el día del santo correspondiente. De esta manera, si la sociedad rechaza crecientemente la presencia del clero en los asuntos públicos, esto no significa que se haya olvidado de la religión como tal. Lo que parece darse es un reforzamiento de la formalidad social de las ceremonias religiosas. Muy ilustrativas al respecto resultan las siguientes líneas del *Ensayo*:

La celebración del bautizo, en lo que toca a la parte estrictamente religiosa, es exactamente igual que en la Europa católica, no así en lo que toca a lo mundano. Todos los gastos de la ceremonia —que no son nada pequeños sobre todo en las grandes ciudades y entre la gente acomodada— corren por cuenta de los padrinos. La decencia exige que la gente medianamente rica duplique o incluso cuadruple las ya elevadas cuotas de la Iglesia.<sup>54</sup>

Este ajustar el festejo a “lo que la decencia exige” nos da la clave de la manera en que la temprana sociedad mexicana asume los festejos religiosos. Este creciente formalismo, insisto, no significa un aumento del poder eclesiástico, sobre todo después de que en 1833 el clero perdiera importantes medios de coerción social.<sup>55</sup> Es la fuerza de la costumbre lo que se manifiesta a todas luces en lo anterior; así como en el hecho —apuntado también por Mühlenpfordt— de que los mexicanos no objetan el bautizo de los hijos de extranjeros protestantes con tal de que éstos los inviten a fungir como padrinos. La descripción de los entierros y la impartición de la extremaunción por parte de este autor nos revelan también las diferencias prevalecientes en estas prácticas según el *status* económico de las personas en cuestión. En el ceremonial del sacramento de moribundos está incluido —pues “la cortesía exige”— que los meros transeúntes se sumen al cortejo de curas que llevan los santos óleos por las calles. En el caso de un moribundo rico se les permite incluso entrar y estar cerca de la habitación donde se imparte el sacramento.

El seguimiento estricto de las normas sociales en ceremonias religiosas contrasta visiblemente con la informalidad social cotidiana, en la

<sup>54</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 261.

<sup>55</sup> Michael P. Costeloe, en *The Central Republic in Mexico*, p. 69-73, incluye observaciones ilustrativas sobre la pérdida de poder social y político del clero mexicano, precisamente frente a la “gente decente” u “hombres de bien”.

que privan las visitas espontáneas o el saludo sencillo en la calle.<sup>56</sup> Sin duda, todo ello demuestra que el factor religioso sigue siendo tan cohesionante como en la colonia, aunque con la novedad de que el formalismo social se afianza al parejo que la Iglesia institucional va perdiendo su poder para dictarlo. En mi opinión, pocos descriptores de México y su gente han visto tan claros testimonios del fenómeno como Mühlenpfordt.

Abordemos finalmente las referencias de este alemán al estado moral del pueblo y al discutidísimo problema social de la criminalidad. Una buena introducción al punto la tenemos en esta observación:

El estado de las costumbres morales mexicanas ha sido presentado por los viajeros extranjeros con los colores más sombríos, pero ese juicio se debe, al parecer, a no haber sabido tomar la distancia suficiente para no atribuir a toda la nación lo que solamente percibieron en la capital, y que no constituye sino casos aislados o sólo propio de algunas clases del pueblo, si no es que de meros individuos.<sup>57</sup>

El autor asegura que la criminalidad en México no es superior a la de ninguna otra parte, sobre todo si ésta es evaluada, según procede, en función de lo climático. Los pueblos del sur europeo no son mucho mejores que los mexicanos en este rubro. Pero Mühlenpfordt estima también que cualquier juicio al respecto debe tomar muy en cuenta los diversos factores que inquestionablemente se relacionan con el problema, en lo que muestra un sentido sociológico poco común entre los extranjeros metidos en la discusión. Cuestiones como el grado de educación, los efectos de las guerras civiles, la deficiente impartición de justicia prevaleciente y otras tienen que ser ponderadas y contrastadas para poder emitir un juicio atinado, y de hecho así es como procura hacerlo el alemán.

Ahora bien, el asesinato y el robo son los dos actos de criminalidad que más interesan a Mühlenpfordt en su diagnóstico del estado moral mexicano. Respecto del primer tipo de crimen, admite que sí es más frecuente que en cualquier otro país. Pero las causas principales no son otras que la embriaguez, las explosiones pasionales, los celos y la insatisfacción conyugal, por lo que no se trata de actos deliberadamente orientados a privar de la vida a otra persona. Se trata ante todo de desbordamientos emocionales:

<sup>56</sup> Lo único que parece salirse de esta informalidad, según el hannoveriano, es el requisito de efectuar puntualmente las visitas que se esperan de uno, por motivo de cumpleaños, velorios, etcétera.

<sup>57</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 250.

Así como entre nosotros [los alemanes] el hombre común, encolerizado, toma el garrote no para matar a golpes al que lo insulta, sino sólo para apalearlo, así el mexicano común, borracho o irritado, recurre a su siempre disponible cuchillo no para apuñalar al causante de su furia, sino para darle una lección que con demasiada frecuencia resulta ser fatal dada la peligrosidad del arma.<sup>58</sup>

Pero de todas formas el hecho es que el índice de asesinatos es particularmente alto entre los mexicanos. De las otras causas consideradas por el alemán, éste destaca la laxitud de la práctica criminalística, que forma un contraste curioso con el carácter draconiano de muchas leyes españolas heredadas. Esta problemática social no puede, pues, desligarse de otra, de índole administrativo-judicial. Por otra parte, el autor recalca la inexistencia en México de organizaciones especializadas en asesinatos con fines lucrativos, como sucede en Italia. Con base en todas estas reflexiones concluye que la causa más general y de fondo es el escaso entrenamiento moral de gran parte de la población.

Por lo que toca al robo, Mühlenpfordt subraya igualmente la inexistencia de bandas permanentes. La mayoría de los asaltos ocurre en las carreteras grandes y transitadas y son cometidos por soldados licenciados o desertores, embrutecidos por el estado de guerra civil constante. Ladrones de profesión los hay en los alrededores de las grandes ciudades, donde suelen estar plenamente identificados por la gente del pueblo, que a menudo los ve con admiración por sus audaces transgresiones a la ley.<sup>59</sup> Pero también pueden ser pandillas formadas ocasionalmente para el fin señalado. En su comportamiento con los asaltados, los ladrones acostumbra ser corteses, principalmente con las mujeres y los curas, salvo en caso de encontrar resistencia. Los hurtos en domicilios ocurren principalmente en las ciudades importantes, mientras que en la provincia sólo son ocasionales. Con Mühlenpfordt debemos concluir que en México no hay tanto un crimen organizado como una atmósfera delictiva espontánea y alimentada por el caos político.

¿Cuáles son las principales conclusiones que saca Mühlenpfordt de la situación social precisa de México? El siguiente párrafo parece dejar en claro la recapitulación a la que llega por todo lo que ha visto y experimentado en su convivencia con los mexicanos.

<sup>58</sup> *Ibid.*, I, p. 252.

<sup>59</sup> Rasgo que explica por un sentido caballeresco de la vida que todavía prevalece en México. Emil Karl H. von Richthofen, diplomático prusiano en el México de mediados de siglo, relaciona más bien esta laxitud moral con la mentalidad religiosa, puesto que el objeto robado llega a ser visto como regalo providencial, en *Die äusseren und inneren politischen Zustände der Republik Mexico, seit deren Unabhängigkeit bis auf die neueste Zeit*, Berlin, Geheime Hofbuchdruckerei, 1854, p. 161.

La consecución de la independencia demostró que los criollos, y con ellos los mestizos e indios, poseen las facultades más notables y para fines mejores que los que hasta entonces se suponía. Las cualidades de su carácter, dignas de aprecio, han comenzado a desarrollarse ya con rapidez.<sup>60</sup>

La conquista de la libertad nacional le parece el dato fundamental de lo que la sociedad mexicana es y puede llegar a ser en el futuro. Por lo pronto resalta su deseo de liberarse de la tutela clerical en los asuntos públicos y sociales, así como su confiada asimilación de las costumbres de europeos no españoles, presentes en su país en número creciente. México ha ganado la oportunidad de forjar su propia Ilustración, fundamento ideal tanto del perfeccionamiento moral como de la revitalización material. Precisar lo relativo a esto último implica entrar en las cuestiones económicas tratadas por Mühlendorff, necesidad reforzada por la alusión de éste a esa “nueva actividad” desarrollada por los mexicanos independientes. A esos aspectos económicos estará dedicado el apartado siguiente, previo a la recapitulación general sobre la conceptualización sociológica de este autor.

Como Humboldt, Mühlendorff es consciente del efecto estimulante que la agricultura y la minería se ejercen recíprocamente en México. El siguiente párrafo del *Ensayo* revela que el hannoveriano transita por la misma senda que su precursor:

En el inconmensurable país hay extensas provincias que carecen de yacimientos metalíferos y actividad minera, o en todo caso su importancia es mínima. No debe pensarse, pues, que la minería ha obstaculizado el florecimiento de la agricultura por el hecho de que gran parte de la población emplea sus energías en aquella actividad. Allí donde la minería mostraba la máxima generosidad y era practicada intensamente, allí también la agricultura avanzó siempre al mismo paso. El florecimiento de la una era condición inmediata para la prosperidad de la otra, pues así como en Europa los distritos de minas son consumidores importantes de los productos de los campesinos del entorno, en México ocurre lo mismo y en un grado mucho mayor.<sup>61</sup>

La agricultura ha venido a ser la actividad fundamental porque, aun cuando los reales de minas decaigan, el agricultor establecido no

<sup>60</sup> Mühlendorff, *op. cit.*, I, p. 211.

<sup>61</sup> *Ibid.*, I, p. 83.

emigra y se mantiene unido a su parcela. Pero más allá del estímulo económico en sí, este alemán atribuye gran importancia al secular deseo de los indios de asentarse lejos de los blancos, impulso que los ha llevado a colonizar los sitios recónditos y extender la labor. Las aldeas indígenas de las zonas de sierra suelen encontrarse, por tanto, en las puntas de las montañas y no en las partes más accesibles. Como en tantas otras cuestiones, Mühlenpfordt procura detectar aquí la causa social del estado de las cosas.

Como Humboldt, Ward<sup>62</sup> y otros autores previos, Mühlenpfordt presenta los principales cultivos del país con sus dificultades específicas de labranza y posibilidades de desarrollo. Previamente he señalado la importancia concedida por él a la mano de obra indígena, negra y mulata en el ramo de la agricultura. También hemos visto su elogio a México como nación en situación de cultivar los productos tropicales sin necesidad de esclavos. Sin embargo, estas apreciables ventajas no han traído consigo que cultivos como el del azúcar repunten en últimas fechas, fundamentalmente por causa de los desequilibrios de la propia economía. La producción agraria se mantiene en general deprimida por la evidente inclinación del capitalista a invertir en el comercio y la minería, reforzada por su conocimiento de los daños causados por la guerra civil y el descontrol político en el ramo agrícola.

Nuestro autor se muestra, pues, claramente consciente de lastres que pesan sobre las posibilidades de un pronto repunte agrícola en México. No estará de más, sin embargo, mencionar su apreciación de algunos de los principales cultivos de México, como presupuesto para formarnos una idea de las condiciones productivas precisas de esos años.<sup>63</sup>

Respecto de la producción azucarera, Mühlenpfordt apunta el hecho de que las grandes haciendas exportadoras de la época colonial —próximamente a Córdoba y Orizaba— vieron drásticamente mermada su productividad al interrumpirse el contacto con el exterior durante la guerra de independencia. En las fechas en que escribe, la principal zona productiva se localiza en los valles de Cuernavaca, Cuautla Amilpas y Oaxaca. La producción veracruzana empieza apenas a recuperarse, gracias a la introducción de maquinaria francesa y alemana. Sin embargo, en el apartado correspondiente también encontramos este parrafito, que recoge los datos de su observación personal:

<sup>62</sup> Henry George Ward, diplomático inglés trasladado a México poco después de la independencia y autor de *México en 1827*, publicado originalmente en dos volúmenes en Londres en 1828. La obra fue editada en español en México por el Fondo de Cultura Económica en 1981.

<sup>63</sup> La información brindada a continuación procede del capítulo III del *Ensayo* (I, p. 82-137), dedicado al reino vegetal del país.

En varias zonas de poca altitud, húmedas y calientes, así como en la costa occidental (principalmente en los estados de Michoacán y Oaxaca), se ven plantíos azucareros pequeños que prosperan óptimamente; son propiedad de indios puros y trabajados nada más por ellos.<sup>64</sup>

Una vez más tenemos testimonios que apuntan a la adaptación indígena a las formas españolas, esta vez en la explotación agrícola, dada la condición propietaria e incluso empresarial de esos indios cultivadores de azúcar. La principal producción de algunos de estos plantíos consiste en jarabe antes que en azúcar propiamente dicha.<sup>65</sup> Las ganancias netas de algunas haciendas oaxaqueñas llegan a los 40 000 pesos anuales, cantidad muy respetable. Todo esto habla de una reactivación azucarera en función del mercado interno y de la actividad de un sector de propietarios medianos y pequeños, si bien el más acusado repunte registrado por Mühlenpfordt se da en la zona veracruzana desde 1830.<sup>66</sup> El azúcar es un producto que, junto con el café, el tabaco, la vainilla y el algodón, podría ser exportado pronto en cantidad significativa, con tal de que amaine el torbellino político nacional, concluye el hannoveriano.<sup>67</sup>

Sólo en un país como México, donde el valor del tiempo y del trabajo humano son todavía tan bajos, puede ser rentable la cría de la cochinilla.<sup>68</sup> Sin embargo, su precio ha bajado drásticamente y junto con él las ganancias. De esta manera, la recuperación de la producción de cochinilla tras la guerra de independencia no se ha convertido en auténtico estímulo económico. Ramo muy importante en fechas previas, su relevancia en tiempos de Mühlenpfordt radica ante todo en garantizar la subsistencia de los criadores indígenas modestos.<sup>69</sup>

Lo anteriormente visto revela que la producción agrícola del México independiente no se encontraba en un descenso generalizado, como

<sup>64</sup> *Ibid.*, I, p. 110.

<sup>65</sup> Puesto que del jarabe se obtiene el “chinguerito”, una bebida muy popular.

<sup>66</sup> Las informaciones de Mühlenpfordt matizan así la idea transmitida por Gisela Landázuri Benítez y Verónica Vázquez Mantecón en *Azúcar y Estado (1750-1880)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal/Azúcar S. A. de C. V., 1988, p. 183-185. Estas autoras asumen sin más una decadencia generalizada del ramo en esos años.

<sup>67</sup> Cabe decir que todavía en 1878 el famoso geógrafo humano —o “antropogeógrafo”— Friedrich Ratzel transmite la idea de una producción azucarera muy dispersa en México, además de que subraya el desbalanceado consumo interno del producto: muy acusado en las ciudades y escasísimo entre los indios del interior, *Aus Mexico. Reiseskizzen aus den Jahren 1874 und 1875*, Breslau, J. U. Kern's (Max Müller), 1878, p. 311.

<sup>68</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 129.

<sup>69</sup> La época de oro del ramo fue de 1758 a 1783, como lo muestra una estadística incluida por el propio Mühlenpfordt en su *Ensayo*, I, p. 135-137.

tantas veces se ha repetido,<sup>70</sup> aunque es un hecho que resentía los efectos profundos del reajuste por la desaparición de los viejos mercados externos, la depresión causada por la guerra de independencia y los cambios en los precios internacionales. El mismo régimen de estanco o monopolio oficial con que se gira un producto como el tabaco no ha logrado impedir que su producción aumente mediante un extendido contrabando, que Mühlenpfordt calcula por lo menos en 1/3 de la masa manejada por el gobierno.<sup>71</sup>

Al tratar de todas estas cuestiones económicas, el hannoveriano nunca oculta su ideario liberal. En su opinión, la apertura comercial posterior a la consecución de la independencia representa la gran oportunidad para México. Por ello, en lugar de concentrar esfuerzos en el desarrollo industrial, como ha sucedido en los últimos años, los mexicanos deberían dirigirlos a fomentar las producciones del suelo. De cualquier manera, Mühlenpfordt no escatima reconocimientos a los afanes industrializadores del ministro Lucas Alamán, fundador del famoso Banco de Avío hacia 1830:

Mucho se ha criticado al señor Alamán por la creación de ese banco y también se le ha culpado por haber malgastado grandes sumas en proyectos irrealizables, sumas que podrían haberse empleado para fines de mayor provecho. Si bien esta crítica tiene fundamento, no por ello es menos cierto que la realización coherente de por lo menos una parte del sistema le hubiera reportado al país enormes ventajas. Por desgracia, la posibilidad de esta realización coherente y del cumplimiento de las esperanzas puestas en los loables esfuerzos y dinámicas iniciativas del banco dependían del orden y la calma política del país, así como de la supervivencia de aquel gobierno, condiciones que no se cumplieron.<sup>72</sup>

Sin embargo, Mühlenpfordt tiene razones más de fondo para desconfiar de los resultados del fomento deliberado a la industria en México:

Por su situación geográfica y por la naturaleza de su suelo, su clima y las costumbres de sus pobladores, México depende de la minería y de la agricultura, y estas actividades —con que estuvieran bien protegidas por

<sup>70</sup> Según Coste loe, *The Central Republic*, p. 9, la historiadora M. Chowning ha replanteado la tradicional idea de una decadencia económica irreversible en este periodo, sustentada en estudios recientes de historia económica regional.

<sup>71</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 115. El sistema de monopolio nacional del tabaco fue conservado desde 1821 hasta 1833, en que se le liberó, para volverlo a estancar en 1837. Posteriormente se alternaron fases de estanco y desestanco, a nivel general y estatal hasta mediados de siglo.

<sup>72</sup> *Ibid.*, I, p. 340-341.

una administración sabia y libres de algunos obstáculos que en la actualidad todavía las oprimen—le bastarían perfectamente para asegurar su bienestar y le facilitarían medios más que suficientes para un intercambio provechoso de las mercancías manufacturadas que necesita.<sup>73</sup>

Quienes insisten en el plan de industrialización se equivocan, al no ver las pocas necesidades de la gran masa de la población y su carencia de conocimientos generales. Introducir mejoras mecánicas en una situación como ésta no sirve en absoluto, pues la gran demanda y el espíritu innovativo son esenciales para el sistema industrial. Las clases populares, por otra parte, suelen dejarse llevar por la indolencia y la desgana frente al trabajo duro y constante que exige el régimen del salario. En tales circunstancias se hace necesario importar mano de obra extranjera, que desde luego resulta muy cara. Añádase a esto la mala situación de los caminos<sup>74</sup> y el hecho de que la minería y la agricultura, principales actividades económicas del país, todavía podrían ocupar a un número de trabajadores mayor que el actual, y entonces se ve lo absurdo de ese apremio a la industrialización forzada.

Una afirmación como la recién mencionada, en que se exhorta a México a no concentrar su esfuerzo en el desarrollo industrial, ha sido entendida por algunos como expresión de designios imperialistas con motivación económica.<sup>75</sup> Cabe señalar, sin embargo, que en realidad las cosas no parecen ser tan simples como eso. En el caso de Mühlendorff estas afirmaciones aparecen enmarcadas en una aproximación de inocultable simpatía para con la sociedad mexicana que no le impide reconocer el gran atraso moral, político e intelectual que ésta aún padecía. Por otra parte, la historia posterior de México le ha dado la razón a este autor: antes de que el crecimiento económico pudiera darse en forma decisiva era preciso desarrollar más su potencial agrícola y lograr el mejoramiento de las comunicaciones, como pasó con el tendido ferroviario.<sup>76</sup> Atinadamente había dicho el hannoveriano:

<sup>73</sup> *Ibid.*, I, p. 341.

<sup>74</sup> Richthofen (*op. cit.*, p. 264) apunta el hecho de que el precio de la madera, por ejemplo, resulta altísimo en las mismas inmediaciones de las selvas, en lo que influye la carestía del transporte, la escasa mano de obra y las pésimas comunicaciones.

<sup>75</sup> Tal es la tónica de Brigida von Mentz *et al.*, en *Los pioneros del imperialismo alemán en México* (México, Ediciones de la Casa Chata, 1982), por ejemplo en la página 443. En este escrito se recurre continuamente a conceptos como “supraestructura ideológica”, “capital dependiente”, etcétera.

<sup>76</sup> Lo que tuvo lugar en el porfiriato, como puede verse en John H. Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato. Crecimiento contra desarrollo*. México, Ediciones Era, 1976, p. 136: “tanto los porfiristas como los revolucionarios creían que los ferrocarriles eran absolutamente indispensables para el crecimiento económico. El presente estudio confirma ese punto de vista”.

En las altiplanicies, en muchos de los valles mayores y en las regiones costeras, la apertura de magníficas carreteras no presenta la menor dificultad y muchos tramos de gran extensión parecen incluso hechos a propósito para el tendido de vías de ferrocarril [...] pero para su construcción se requiere mucho, muchísimo dinero, y más que nada, calma y orden.<sup>77</sup>

Finalmente, sabido es que uno de los grandes retos sociales todavía en la era porfiriana fue la formación intelectual y moral de las clases trabajadoras como condición indispensable de su propio mejoramiento material.<sup>78</sup> Las conclusiones de Mühlenpfordt respecto de todo esto me parecen impecables.

No se crea, sin embargo, que Mühlenpfordt reduce su percepción de la situación económica del país a la esfera de la producción y la circulación. También le importa dejar en claro la falta de un crédito accesible. Al describir la ciudad de México en el segundo volumen de su *Ensayo* y referirse a la casa de empeños o Monte de Piedad, este alemán señala lo ventajoso de tal institución, que ha librado a los capitalinos de la usura prevaleciente en otras urbes:

A menudo, ni siquiera los conventos sienten vergüenza de practicar esta usura, y en diversas ciudades algunos de ellos prestan dinero a cambio del objeto empeñado, pero la cantidad entregada es menor a la mitad del valor del objeto empeñado y se hacen pagar semanalmente un real de plata de interés por cada peso; como ocho reales hacen un peso, quiere decirse que se paga 50 % de interés mensual y si después de cuatro o seis semanas no se ha rescatado el objeto, éste pasa irrevocablemente a pertenecer al convento. Los prestamistas seculares suelen resultar por regla general más baratos que los padres y madres espirituales, no obstante que entre ellos, usureros sin fe, también hay algunos que abusan impunemente.<sup>79</sup>

Hasta ahora he reproducido las consideraciones de Mühlenpfordt sobre la situación económica general del país. Sin embargo, si he de hacer plena justicia al cuadro económico ofrecido por su *Ensayo*, debo remitirme al segundo volumen de éste, integrado por las descripciones por estados. Y, así, este otro tomo vuelve a dejar en claro la diversidad regional de la economía mexicana. Pero si bien las descripciones

<sup>77</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 334.

<sup>78</sup> El libro de Manuel Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum novarum, la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*. México, El Colegio de México, 1991, p. 161-162, ilustra sobre esta toma de conciencia entre los católicos.

<sup>79</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, II, p. 242.

en cuestión ilustran sobre la consolidación de mercados regionales y la desigualdad del desarrollo económico por zonas, también es un hecho que existen lazos de articulación amplia, fortalecedores del vínculo nacional. Veamos el ejemplo del estado de Jalisco. De éste nos dice que en el rubro de la manufactura de lana y de algodón el paso de la época colonial a la independiente significó el de un estado de bonanza a otro de decadencia, resultado ante todo del contrabando practicado desde el extranjero.<sup>80</sup> En contraste, la fabricación en la capital de sombreros y artículos de cuero ornamentados, así como de alfarería, responden a la demanda de casi todos los estados de la república, además de que los estados vecinos adquieren grano, algodón, harina, alimento y cabezas de ganado de Jalisco. Información parecida a ésta nos la brinda el *Ensayo* de Mühlenpfordt respecto de los otros estados, y de toda ella se deduce que entre Tabasco, Veracruz, Puebla, México, Oaxaca, Michoacán, Jalisco, Querétaro, Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí existe un intercambio comercial de cierta intensidad. No todo es concentración en mercados regionales, por más que ésta constituye una realidad importante de la economía mexicana de esos años.

No podría finalizar esta primera reseña sociológica sin una recapitulación general sobre el proceder conceptual de Mühlenpfordt, así como sobre sus principales méritos en su empresa descriptiva.

Aunque parezca extraño al lector, comenzaré citando un pasaje del *Ensayo* dedicado a un aspecto geográfico de México (capítulo II, volumen I), en el que este autor ataca el problema de la delimitación de las tres modalidades climáticas mexicanas, es decir de las tierras frías, templadas y calientes. La referencia resulta importante porque revela mucho del proceder conceptual de Mühlenpfordt. El fragmento en cuestión dice:

al aproximarnos a lo particular y observar cómo estas denominaciones [climáticas] se aplican a puntos específicos en áreas reducidas, pronto notamos que los conceptos de tierra caliente, templada y fría, sobre todo los dos primeros, suelen ignorar las fronteras que en teoría les han sido señaladas y llegan a hacerse completamente relativos, de suerte que lo que en una región pasa por tierra caliente, para los pobladores de otra sería tierra templada.<sup>81</sup>

<sup>80</sup> *Ibid.*, II, p. 275.

<sup>81</sup> *Ibid.*, I, p. 72.

Cuando un poco más adelante añade que tampoco la observación rigurosa de las especies vegetales ni la de las viviendas humanas nos daría el criterio definitivo para la clasificación climática, dos características decisivas quedan claras respecto del proceder conceptual de Mühlenpfordt. En primer lugar es de notar su sentido agudo de la flexibilidad indispensable para el uso de los conceptos: el término de *tierra caliente* varía según el aspecto que se tome como central (temperatura, vegetación, vivienda, etcétera), sin que sea posible una síntesis total que resuma todos sus contenidos.<sup>82</sup> En segundo lugar resalta la importancia concedida por él a la percepción que los hombres se forman de su propia realidad, apreciación que pasa a ser imprescindible si se quiere entender dicha realidad. Así, en su aproximación al complejo de tipos y comportamientos sociales de México también se verifican estos dos principios de análisis.

En el manejo de términos como criollo, mestizo e indio hemos tenido un claro ejemplo del primer principio aplicado por Mühlenpfordt. Tomadas en su sentido original (el colonial), estas denominaciones tenían un significado racial para efectos legales y políticos, y con este significado los utiliza también el hannoveriano al iniciar el capítulo v de su primer volumen. Más adelante, sin embargo, este alemán comienza a emplearlos con un sentido más estrictamente social, como al caracterizar a cada tipo según su lugar en la jerarquía social, su carácter, su sociabilidad, etcétera, con lo que el contenido conceptual se enriquece sin desbancar el significado racial original. El mestizo no queda ya definido como mera mezcla de blanco e indio sino también como el tipo más representativo de la clase media mexicana. La aproximación sociológica también se ve enriquecida al registrarse los comportamientos de un grupo que traslucen la asimilación de elementos culturales surgidos en otro grupo (el indio rico que se construye una casa como los blancos), de lo que resulta la interacción entre los diversos *tipos* originales, que tienden así a convertirse en *prototipos*. La descripción social termina por ser más diferenciada, con una relativización evidente del factor racial y un afianzamiento claro de la noción de *clase*, que en este caso apunta ante todo a la articulación jerárquica según la riqueza y el prestigio.

En cuanto al segundo principio analítico mencionado, el de atender a la racionalización de los actos por los mismos sujetos, también he dado ya algunos ejemplos. Lo mismo lo encontramos cuando el autor

<sup>82</sup> Y es de señalar que en esto va más allá que Humboldt, quien ciertamente había notado la dificultad de precisar los términos climáticos referidos, pero no sacó una conclusión tan categórica como ésta de Mühlenpfordt.

se refiere al comportamiento caballaresco de los salteadores de caminos, subrayando la intención del agresor de no ser innecesariamente severo con el agredido, que al mencionar la poca frecuencia de las fiestas de invitación formal en México por la vergüenza que sentiría el anfitrión si no regala con gran lujo a sus huéspedes. Recordemos igualmente aquella constatación suya de los enterramientos de metálico por los indios, cuyo sentido es el de evitar que los descendientes lo hereden y tengan así que formarse su propio patrimonio. No es ciertamente Mühlenpfordt el único extranjero de esos años que presenta rasgos representativos de la mentalidad mexicana; sin embargo, difícilmente podría encontrarse a otro autor que haya captado con tanta agudeza la psicología de las costumbres. Si la palabra costumbre alude ante todo a lo que interiormente gobierna al hombre, como sostenía Montesquieu, con lo dicho queda claro que el hannoveriano se adecua plenamente al designio sociológico de ese célebre ilustrado.

En cuanto a la alternativa del proceder analítico y sintético para la comprensión de las costumbres, asunto al que ya hice mención en mi introducción, estimo que en Mühlenpfordt prevalece el primero sobre el segundo. Esto marca una diferencia de relieve con Humboldt, quien buscaba una definición general de la sociabilidad prevaleciente en toda la entidad.<sup>83</sup> Con todo, el *Ensayo* del hannoveriano no carece de juicios sintéticos importantes sobre la sociabilidad, entre los que destaca la caracterización del mexicano como un hombre movido por el espíritu de riesgo.<sup>84</sup>

¿Qué aportaciones merecen señalarse como las más notables de este autor desde la perspectiva de la historia social de México? Sin duda, todo lector contemporáneo sentirá admiración por la realización de una obra incomparable en cuanto a las dimensiones, el detalle y la simpatía con que la mentalidad y las costumbres de los mexicanos aparecen retratadas. Al comienzo de este capítulo expresaba yo mi certeza de que la considerable masa de datos contenida en el *Ensayo* de Mühlenpfordt constituye un caudal de información inigualado por otro autor extranjero o mexicano de la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, cabe decir que más allá de estos meritorios atributos hay otro aspecto por mencionar a su favor, relacionado con su inserción en el medio social mexicano.

<sup>83</sup> Que Mühlenpfordt no se mostró tan afortunado en el señalamiento del carácter nacional y de las tendencias sociales como en la reseña de las clases y los principios de sociabilidad, me lo explico precisamente por su mayor disposición al análisis que a la síntesis.

<sup>84</sup> Caracterización que contrasta mucho con la imagen del mexicano como un hombre muy inclinado a la moderación, también presente en el *Ensayo*.

En mi opinión, el cuadro social de Mühlenpfordt resulta muy ilustrativo de la vida cotidiana de una cierta clase media mestiza de cuño provinciano, aquella con la que el alemán debió de convivir más durante su estancia en el estado de Oaxaca. Creo que es a este sector social al que mejor se aplican las observaciones del hannoveriano sobre, por ejemplo, la gran mesura en el comer y el beber, así como sobre la poca sociabilidad privada y la corta instrucción femenina. Gracias a otros autores extranjeros,<sup>85</sup> sabemos que los altos estratos sociales capitalinos distaban de llevar ese tren de vida tan atenido al decoro y a la moderación descritos por Mühlenpfordt. Esa forma de vida era seguramente la que más se veía en las ciudades y las villas de provincia. Réparese, por ejemplo, en su narración del transcurso de las tertulias a las que asiste:

Dan comienzo, como ya se dijo, entre las seis y las siete, para terminar entre las nueve y las diez de la noche [...] Las damas se sientan en largas y apretadas filas de sillas colocadas a lo largo de la pared. Fuman su cigarrito y suelen platicar mucho entre ellas, aunque están muy poco dispuestas a conversar con los hombres [...] Nadie separa la silla de la pared para tener una conversación de más confianza con cualquier otro.<sup>86</sup>

Reuniones como ésta no son de gente de gran mundo, y no cabe duda de que el ambiente de clase media descrito por un autor como Guillermo Prieto, en *Memorias de mis tiempos*, concuerda en mucho con el transmitido por Mühlenpfordt en este pasaje.

En segundo lugar, amerita destacarse la rica descripción geográfica que acompaña a la relación de peculiaridades económicas y sociales de México elaborada por Mühlenpfordt, tanto en lo relativo al país en general como a las entidades. Lo más relevante es la caracterización de México como un país eminentemente de altiplano. Esto se pone de relieve en el segundo volumen de la obra, en que la descripción por entidades muestra que los estados de la zona central (México, Puebla, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Michoacán, Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas) constituyen una especie de corazón geográfico y económico. Después de leer estas descripciones entendemos por qué, pese al caos político de esos años, los impulsos separatistas tenían tan poco

<sup>85</sup> Como madame Calderón de la Barca, autora de *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 1984 (original en inglés de 1843); William Parish Robertson, autor de *A visit to Mexico, by the West India Islands, Yucatan and United States* (2 v., Londres, el primer volumen editado por Simpkin, Marshall and Company; edición del autor el segundo, 1853), y Mathieu de Fossey, de cuya obra *Le Mexique* trataré en el capítulo III de este libro.

<sup>86</sup> Mühlenpfordt, *op. cit.*, I, p. 238.



efecto real en estos estados, mientras que una entidad como Yucatán, satélite alejado del conjunto, sucumbía a esa tentación.

Ortega y Medina sostiene que atrás de las entusiastas aproximaciones alemanas a México en el siglo XIX latía la nostalgia por un pasado imperial compartido, sentimiento común a germanos y españoles.<sup>87</sup> Sin duda, el término imperial armoniza con el énfasis de Mühlenpfordt en la riqueza territorial y la variedad etnográfica de México. Las ventajas geográficas del país parecen albergar una especie de gran designio que promete la grandeza futura.<sup>88</sup> Que los mexicanos aspiren a la Ilustración y al bienestar le parece a Mühlenpfordt de lo más natural y justificado del mundo. La consecución de estas metas, sin embargo, sólo la estima posible en la medida que esta sociedad sea capaz de sacudirse la tutela eclesiástica y de poner sus riquezas a disposición del mercado mundial.

<sup>87</sup> En "La literatura viajera alemana del siglo XIX sobre México", en *Ensayos, tareas y estudios históricos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962, p. 253.

<sup>88</sup> El mencionado Tadeo Ortiz de Ayala expresó ideas semejantes en su ya citado libro *México considerado como nación independiente y libre*.